
Fernando Gil

La cuestión judía y la cuestión palestina (y viceversa)

La idea del "retorno" a Israel

Se suele atribuir a Theodor Herzl (1860-1904) la fundación oficial del sionismo al reclamar la creación de un estado en Palestina -la bíblica tierra de Israel- para reunir en un solo territorio a los judíos de la "diáspora", dispersos por el mundo desde el siglo primero de la era cristiana.

En el verano del año 70, las legiones del emperador Vespasiano, comandadas por su hijo y luego emperador, Tito, rompieron el cerco de Jerusalén, saquearon la ciudad y destruyeron el templo, aunque la resistencia judía continuó hasta la conquista, en el año 73, de la última fortaleza, situada en la meseta de Masadá, cuyos habitantes eligieron suicidarse antes que rendirse a los romanos. Toda Judea fue ocupada y convertida en provincia de Roma, y entre 600.000 y 1.200.000 judíos (la cifra varía según las fuentes) fueron muertos o convertidos en esclavos. La derrota significó la pérdida de su patria y la destrucción del segundo templo de Jerusalén a manos de un invasor.

El primer templo, construido en tiempo de Salomón, alrededor del año mil antes de Cristo, que guardaba el Arca de la alianza, las escrituras, el candelabro de los siete brazos y otros objetos de culto, fue destruido por los babilonios en el siglo VI. El segundo templo, iniciado en ese siglo antes de nuestra era, fue destruido y saqueado por las legiones romanas. La pérdida simultánea de su soberanía y del símbolo religioso de su fe, provocaron, tras la derrota militar, el exilio y la dispersión de muchos supervivientes. En un exilio de dos mil años, y un mundo cambiante, los judíos errantes hallaron diferente acogida según el momento y la región en que se asentaran; más favorable en Asia menor y el norte de África y menos en Europa, donde vivieron en unos casos confinados en ciertas regiones, en otras pudieron desplazarse, pero vivían en barrios separados -aljamas- o juderías y su vida y sus actividades tenían lugar en los márgenes de la sociedad.

En el sur, coexistieron, como minoría, con seguidores de las otras dos religiones del Libro, cristianos y musulmanes, con grados y etapas de violencia y de tolerancia, aunque no en igualdad, pues los cristianos en sus reinos y los musulmanes en los suyos ejercían su hegemonía sobre las demás confesiones. Los musulmanes permitían a los judíos seguir con

su religión a cambio del pago de un impuesto, pero ni los almohades ni los almorávides lo respetaron, lo que provocó el éxodo de los hebreos hacia los reinos cristianos, donde vivían en juderías, entregados a los oficios que les estaban permitidos, que eran el comercio y el préstamo de dinero con interés (usura), condenado por la Iglesia. Lo que fue motivo de animadversión y persecución, pues la prosperidad de los comerciantes y prestamistas judíos despertaba la envidia de la gente pobre y de los que tenían créditos que devolver.

El contexto en que se produce la dispersión es el declive del imperio romano y su división en dos partes, las invasiones de los pueblos del norte de Europa (celtas y godos), de Asia (hunos, tártaros, mongoles y turcos) y de África (árabes y bereberes), la fragmentación europea y el choque de culturas y religiones, el feudalismo, la propia división de la religión cristiana entre Roma y Bizancio -católica y ortodoxa-, la expansión del islamismo, la proliferación de sectas y la persecución de las herejías, las guerras civiles y religiosas, las epidemias de peste, los intentos de unificar los reinos y la lucha de los reyes contra el poder de la nobleza ofrecían a la gente sencilla un panorama lleno de incertidumbre, que dada la general ignorancia, la credulidad, la superstición y el fanatismo fueron el caldo de cultivo para atribuirlos a maldiciones y buscar unos culpables a los hechos inexplicables, al origen de las guerras, de las plagas o a fenómenos meteorológicos adversos, como sequías, inundaciones o largos inviernos. El "culpable" fue, con frecuencia, el pueblo judío, el pueblo deicida. Los que en el pasado traicionaron a Jesús y lo entregaron a los romanos para ser azotado, juzgado y crucificado, se suponían capaces después de mayores atrocidades, lo que desató la marginación, el acoso y la persecución al ser acusados de cometer actos sacrílegos, sacrificios humanos, robar niños, practicar la brujería y tener tratos con el diablo, que desataban la cólera de Dios sobre la tierra. Lo cual suscitaba prédicas de los clérigos

para hacer penitencia y oleadas de fanatismo contra los hebreos y contra los conversos, después.

En los siglos XII y XIII se acentuó la intolerancia hacia judíos, pero, en España, serían los hechos de fines del siglo XIV (1391), con asaltos a juderías y quema de sinagogas en varias ciudades los que prepararon su expulsión por los Reyes Católicos, en 1492, siguiendo el ejemplo de Francia, Austria, Hungría, Alemania, Inglaterra, Lituania o Crimea.

Hay que tener en cuenta otro ingrediente en el acoso y persecución de los judíos, que es considerar la religión como asunto de Estado. En la edificación de los estados modernos la religión cumplió un papel importante en la legitimidad real y en la homogenización de la sociedad, según el principio de que los súbditos debían tener el mismo credo que el monarca. *Cuius regio, eius religio*, significa que la religión del rey es la religión del reino, del pueblo; es decir, la religión es asunto del reino, un signo de unidad, una cuestión de Estado, de donde se deriva que profesar una religión diferente a la del monarca es un acto de deslealtad o de traición. El clérigo, predicador y filósofo Bossuet dio a este principio la máxima importancia al sostener la teoría del origen divino del poder real. De la cual se derivaba que las minorías religiosas se convertían, por lo menos, en disidentes, o también en enemigos a los que combatir con las armas en la mano.

El Edicto de Nantes (1598) y el Tratado de Westfalia (1648), que pusieron fin a las guerras de religión entre seguidores de la Reforma protestante y los de la Contrarreforma católica, y autorizaron cierto grado de libertad de conciencia, fueron avances importantes, pero no acabaron con la intolerancia religiosa ni con el acoso a los judíos. Pero dos factores -económico y político- cambiarían la situación y la perspectiva para abordar la "cuestión judía".

El nacimiento del judaísmo político

Respecto al factor económico hay que

señalar que la actividad marginal de los judíos, que solo podían dedicarse a profesiones que no ejercieran los cristianos, como el comercio y el préstamo de dinero, les convirtió en adelantados del capitalismo en sociedades no mercantiles. Su capital, proveniente de una inicial economía dineraria -comercial y bancaria-, en sociedades que no lo eran, será importante en la formación de la sociedad burguesa y en el despegue de la banca y de la industria. Los judíos ricos, una nueva burguesía judía, se asemeja a la burguesía cristiana o protestante, es decir no judía, y se aleja de las condiciones de vida de los trabajadores judíos y de la vida de la aldea. La burguesía judía se asimila a las formas de vida de las sociedades en las que habita y realiza sus negocios, las sociedades capitalistas, donde impera la economía mercantil y la circulación del dinero, la economía dineraria ha envuelto con su lógica a toda la sociedad. De este modo la actividad del prestamista judío no es diferente a la de cualquier banquero cristiano, musulmán, budista o ateo, y el comerciante judío no desempeña una función marginal, es sólo un vendedor de mercancías en una sociedad que produce y vende mercancías, pues la producción mercantil abarca a toda la sociedad y el dinero circula, en diferente medida, por toda la sociedad, que ha avanzado por un camino que antes habían recorrido los comerciantes judíos.

El otro factor -político- es la obra de la Ilustración, la Revolución francesa y, sobre todo, la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, que cambiaron el panorama. La soberanía de la nación y la soberanía de los ciudadanos sobre sus vidas, la lucha contra la ignorancia y la superstición propuesta por la Enciclopedia; la libertad, la igualdad y la fraternidad, como principios, y la tolerancia, el laicismo, el poder civil y la separación de la iglesia y el Estado, colocaron la religión como cuestión privada, personal, y el derecho a profesar el credo que se quisiera y no el del rey o el del reino, avalado por el derecho a

creer o a no creer, siguiendo la propia conciencia.

Los derechos del ciudadano colocaban a los judíos al mismo nivel que los otros hombres [faltaban los Derechos de las mujeres, de Olimpia de Gouges y Mary Wollstonecraft], sin deberes especiales, obligatorio lugar de residencia, profesiones vetadas, carencia de derechos políticos, etc; los asimilaba socialmente y dejaban de tener que satisfacer un tributo para conservar o de convertirse a otro credo; eran simplemente ciudadanos comunes. Había comenzado la era de las revoluciones, de las constituciones, de la lucha contra los imperios y las monarquías absolutistas, la era del nacionalismo, y la marginación y persecución de los judíos persistirá en aquellos países donde sea mayor la resistencia a asumirlos y perduren los valores y costumbres del viejo régimen clerical y monárquico. Entre ellos, el imperio zarista, que era uno de los soportes más firmes de la reacción en Europa, junto con Austria y Prusia.

El desplazamiento de la población judía, reacia a abandonar sus creencias, hacia las fronteras occidentales de Rusia (Lituania, Polonia, Ucrania) ordenado por Catalina la Grande, formó un trato más estrecho entre judíos llegados de otras partes del imperio ruso y facilitó una sensación de estabilidad y de vivir con una cultura propia, que tenía como base la religión compartida y el rechazo recibido de practicantes de otras creencias; el antisemitismo, la judeofobia expresados periódicamente en los pogromos violentos fomentaron en la población hebrea la idea de ser un pueblo sin estado y el sentimiento comunal de ser una nación singular, además de una religión particular: el pueblo elegido, perseguido a través de los siglos, pero fiel a sus creencias.

La "cuestión" judía

Antes de fundación del actual estado de Israel, en 1948, la idea de asentar a la dispersa población judía en un territorio propio no era nueva, pues, como un problema

político, no sólo religioso, la vieja "cuestión judía" estaba sobre la mesa desde el siglo XIX, envuelta por el problema nacional, la soberanía de los pueblos, la figura del ciudadano y los derechos del hombre. El político conservador británico, escritor y acreditado *dandy*, Benjamín Disraeli (1804-1881), nunca negó su ascendencia sefardí, viajó a *Tierra Santa* y escribió una novela -*Tancred*- sobre el tema judío.

En la izquierda hegeliana alemana, el filósofo alemán Moses Hess (1812-1875), amigo de Marx y colaborador en la *Gaceta Renana*, que profesaba un sionismo socialista, fue inicialmente partidario de integrar a los judíos en el emergente movimiento comunista. Pero más tarde afirmó que la identidad judía era difícil de asimilar y viendo crecer el antisemitismo en Europa propuso fundar un estado para los judíos en Palestina, una provincia del imperio otomano desde 1517. En su libro *Roma y Jerusalén*, publicado en 1862, afirmaba que un estado judío separado sería tan provechoso para los judíos como para los ciudadanos de otros países. El filósofo y teólogo Bruno Bauer (1809-1882), otro de los jóvenes hegelianos, entre otras obras sobre religión publicó, en 1843, *El problema judío*, en el que criticaba el intento de emancipación de los judíos alemanes, porque en Prusia, reino cristiano, nadie estaba políticamente emancipado, que era lo principal; para ser un ciudadano político había que renunciar a la fe judía y a la cristiana y separar la religión del Estado. Esta obra suscitó la reflexión de Karl Marx, de ascendencia judía [su padre renunció al judaísmo para poder ejercer la abogacía], en su artículo "La cuestión judía", escrito en octubre de 1843 y publicado en febrero de 1844, en *Los anales franco alemanes*, donde indicaba que la vieja profesión comercial y crediticia antes reservada a los judíos, como actividad monetaria en unas sociedades que no lo eran, con el desarrollo del capitalismo se había convertido en la actividad de toda la sociedad. Escribe: "El dinero es el valor de todas las cosas (...) El dinero es la esen-

cia del trabajo y de la existencia del hombre, enajenada de este, y esta esencia extraña le domina y es adorada por él. El Dios de los judíos se ha secularizado, se ha convertido en Dios universal. La letra de cambio es el Dios real del judío (...) La quimérica nacionalidad del judío es la nacionalidad del mercader, del hombre de negocios en general (...) El judaísmo llega a su apogeo con la coronación de la sociedad burguesa". En este aspecto, las profesiones marginales de los judíos en las sociedades precapitalistas, se habían convertido en actividades generales de la sociedad moderna, que gira en torno al dinero.

Marx abogaba por la emancipación humana respecto a la religión, la judía y las demás, como formas de enajenación, pero no consideraba que se pudiera desterrar del sentimiento humano mientras existiera la miseria. Reflexiones que continuó en *Contribución a la crítica del derecho de Hegel*, escrita en diciembre del mismo año y publicada en los Anales, donde señalaba que la religión expresaba la miseria de la vida real, que era el suspiro de la criatura agobiada en un mundo sin corazón; el opio del pueblo.

La socialdemocracia europea de finales del siglo XIX y principios del XX estuvo recorrida por el problema judío en temas relacionados con la cultura, la religión y la nacionalidad. Karl Kautsky, Otto Bauer, Rosa Luxemburg, Lenin, Martov (judío, jefe de los mencheviques) y Trotski (judío) abordaron el tema en diversos momentos (1), tanto desde el punto de vista interno, de la organización del partido y la relación con el Bund (2), como externo, de los judíos como colectividad: ¿una comunidad religiosa o una nación?

Otto Bauer en *El socialismo y la cuestión nacional* se ocupó del problema nacional en el imperio Austro-Húngaro. Los judíos no cumplían exactamente los requisitos de la definición lingüística, política, económica y territorial de una nación, pero Bauer admitía que los judíos, aunque no tuviesen una lengua común ni una tierra en común,

culturalmente formaban una nacionalidad en el exilio.

La "cuestión" palestina

El primer asentamiento moderno de personas judías en Palestina del que se tiene noticia se produjo en 1869, con la compra de 250 hectáreas de tierra al Imperio Otomano por parte de Charles Netter, para instalar una escuela de agricultura en Yazur, cerca de Jaffa (Ortiz, 2002, 181).

En 1860, Netter (Estrasburgo 1826-Jaffa 1882) fue uno de los fundadores de la Alianza Israelita Universal, asociación filantrópica para ayudar a los estudiantes judíos en Francia y a personas judías huidas de otros países. Después se fundaron varias sociedades de Amigos de Sion, colina, según la Biblia, defendida por una fortaleza de cananeos conquistada por el rey David, donde se levantó el primer templo de Salomón, que hoy es un barrio de Jerusalén.

En 1882, el judío ruso-polaco, Leib Pinsker (1821-1891), que ejercía la medicina en Odessa, quedó conmovido por los *pogromos* de 1871 y, sobre todo, de 1881. Hasta entonces, como miembro de una asociación para la promoción cultural, había sido partidario de integrar a los judíos en la sociedad rusa e incluso de traducir textos religiosos judíos al idioma ruso, pero el *pogromo* de 1881 le hizo desistir de la idea de integrar a los judíos en países donde fueran una minoría marginada o perseguida. En 1882 publicó, en forma anónima, un combativo panfleto *-Autoemancipación-* animando a los judíos europeos a defender su identidad y a fundar una patria propia, no necesariamente en Palestina. El libro fue polémico y, según parece, inspiró el de Herzl, aunque este afirmó que, de haberlo leído antes, no hubiera escrito el suyo. En todo caso, el tema estaba sobre el tapete y Herzl sería un firme partidario de llevar esas ideas a la práctica. Por su parte, Pinsker fundó la organización Amantes de Sion y estableció una sede en Odessa, la cual, pese a la penuria financiera, pudo

establecer algunas colonias en Palestina a través de una sociedad de apoyo a los agricultores y artesanos judíos que allí se instalaran.

Herzl

Según la biografía escrita por Ben Gurion (EB, VIII, 1981, 828), Theodor Herzl nació en 1860, en el seno de una familia judía de la clase media acomodada de Budapest, y falleció en Viena en 1904, a la edad de 44 años. Desde niño padeció la antipatía hacia los judíos, por lo que tuvo que cambiar de escuela y luego de ciudad. Emigrado a Viena, estudió leyes, aunque su afición a la literatura le condujo al periodismo y a escribir en diversas revistas. En otoño de 1891 viajó a París y quedó sorprendido por el clima de opinión antijudío que encontró en Francia, semejante al de Austria, atizado demagógicamente por el caso del capitán Alfred Dreyfus, judío alsaciano acusado de alta traición y condenado a prisión en la Guayana francesa. En 1906 se admitió su inocencia y se supo que el espía a favor de Alemania fue el comandante Ferdinand Walsin Esterhazy, miembro de una aristocrática familia húngara, absuelto por el tribunal militar que lo juzgó, mientras el capitán Picquart, de la inteligencia militar, que lo descubrió, fue destituido. La absolución del noble Esterhazy fue celebrada con júbilo por los sectores patrióticos, nacionalistas y conservadores de la opinión pública. El caso Dreyfus, motivó el célebre alegato "Yo acuso", de Émile Zola, publicado en *L'Aurore* el 13 de enero de 1898, y la opinión de Eleanor Marx o Eleanor Aveling, la hija menor de Marx, que dijo "Soy judía". Estos sucesos, lo percibido en su niñez y juventud y la existencia de ataques a la población judía en otros países -en el imperio zarista, los *pogromos* (estrágos) eran frecuentes-, hicieron pensar a Herzl que la coexistencia pacífica entre judíos y gentiles no era posible y que los hebreos debían emigrar y fundar en Palestina un Estado propio.

Escribió, divulgó, viajó y en París visitó al

banquero judío muniqués Maurice de Hirsch (1831-1896) o barón de Hirsch, una de las personas más ricas de la época, que repartía la atención entre sus florecientes negocios y las actividades filantrópicas, entre ellas la Asociación para la Colonización de Judíos, que promovía el asentamiento de judíos del Este europeo en Argentina, Canadá y Estados Unidos. A pesar de sus argumentos, el barón se negó a ayudarle, lo que llevó a Herzl a exponer sus ideas en el libro *El Estado judío*, donde afirmaba que la situación de los judíos no era un problema social o religioso que se pudiera resolver de forma individual y filantrópica, sino una cuestión política que debía ser tratada como un problema colectivo por los países civilizados. En junio de 1896 viajó a Constantinopla con intención de solicitar a Abdul Hamid II, sultán del Imperio Otomano, la concesión de Palestina como territorio independiente para formar una colonia, pero no logró hablar con él, lo cual no le desanimó y prosiguió su labor de organizador y propagandista, facilitada por su profética apariencia y su magnetismo personal. Sus esfuerzos se vieron coronados al celebrar en agosto de 1897 un congreso internacional judío, en Basilea (Suiza), tras ser rechazado en Munich por los judíos de la localidad, bastante adaptados a la cultura alemana.

El congreso reunió unos 200 delegados, principalmente de Rusia y países de Europa oriental, pocos de Europa occidental y algunos de Estados Unidos, así como observadores cristianos y periodistas de varios países. Los delegados representaban varias tendencias del pensamiento judío, desde ortodoxos hasta ateos. Herzl definió el sionismo como *el regreso del judaísmo incluso antes de volver a la tierra de Israel*.

El Congreso elaboró un programa que resumía su propósito en esta frase: *El sionismo aspira a crear una patria públicamente garantizada para el pueblo judío en la tierra de Israel*. Después del Congreso escribió en su diario: *En Basel, fundé el Estado judío. Si hoy dijera eso, seguramente sería*

recibido con una gran sonrisa. En cinco años, quizá, y seguramente dentro 50, todo el mundo lo verá.

Herzl fue elegido presidente de la Organización Sionista y dedicó los años siguientes a promover y fortalecer la Organización, fundó un semanario *Die Welt*, publicado en alemán en Viena. Falleció en 1904, pero su trabajo dio sus frutos.

En 1882 empezó la primera migración colectiva hacia Palestina, con 25.000 judíos procedentes de Europa oriental. Tras la segunda migración de 40.000 judíos de la misma procedencia, en 1908, se estableció en Jaffa la primera oficina para facilitar la compra de terreno a los emigrados. En 1909, se fundó el primer Kibutz. Y desde entonces el flujo fue incesante. La "cuestión" judía había encontrado una vía para resolver favorablemente el problema de los hebreos de la diáspora, pero quedaba planteada y pendiente de resolver como una consecuencia directa la espinosa "cuestión palestina".

26 de marzo de 2024.

Notas

1. En abril de 1903, la judería de Kishinev -hoy Chissinau- fue devastada, cientos de judíos heridos y muertos. El *pogromo* de Kishinev introdujo el uso de esa palabra rusa, que significa estrago.
2. El Bund, la Liga de obreros judíos de Polonia, Lituania y Rusia (fundada en 1897, un año antes que el POSDR, y núcleo promotor de este), era parte importante del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso.